
Jesn , Fabrice, *La face cachée de l'empire. L'Italie et les Balkans, 1861-1915*, Roma,  cole Française de Rome, 2021, 603p. ISBN: 978-2-7283-1449-2. 40  

*Remerciements. Avertissements. Introduction. Chapitre 1. Les années 1860: des rêves cavouriens à la prudence. Chapitre 2. L'Italie et la crise d'Orient (1875-1881). La «politique des mains nettes» à l'épreuve. Chapitre 3. Les usages politiques des questions balkaniques sur la scène intérieure italienne. Chapitre 4. La politique balkanique de la consulta de la triple alliance   Adoua (1881-1896). Chapitre 5. Science et balkans, entre *soft power* et idéologie. Chapitre 6. Un impérialisme humanitaire? Chapitre 7. La politique balkanique italienne, du «recueillement» à la «pénétration pacifique» (1896-1912). Chapitre 8. 1912-1915, Les balkans et l'empire italien naissant.  pilogue. La g n se des revendications territoriales de 1915. Conclusion. Sources. Index. Liste des illustrations et des cartes. Table des matières.*

Este magnífico, erudito y bien escrito (aunque difícil de traducir) libro, es el fruto de una tesis doctoral presentada en septiembre de 2009 en l'Universit  de Paris I-Panthéon Sorbonne, bajo la dirección de Gilles P cout y Francesco Guida. Su introducción tiene un carácter fundamentalmente metodológico e historiográfico.

En junio de 1859, un navío cargado de armas deja el puerto de Marsella con destino a Constantza (Constan a), en el mar Negro. Su tripulación está pagada por el gobierno sardo para hacer llegar la delicada carga a los agentes de Alexandru Ioan Cuza, un oficial rumano que las intrigas francesas han puesto a la cabeza de los principados danubianos. El presidente del consejo sardo, Camillo Cavour, querría, en efecto, entrenar a los rumanos y a las otras nacionalidades de Europa centro-oriental en su propio proyecto de guerra de liberación nacional contra Austria. En Marsella y en Constan a, no son en absoluto agentes secretos ni aventureros quienes provocan desórdenes ni los que se encargan de hacer pasar las armas, sino más bien los cónsules de Su Majestad Sarda, que Cavour comienza a instalar en todo el contorno mediterráneo de los Balcanes. Medio siglo más tarde, la víspera de la Navidad de 1914, el puerto alban s de Valona (Vlor ), situado a tiro de piedra de la costa italiana, se agita por los disparos y los gritos de una tropa de refugiados expulsados por la invasión griega. Estos hombres están pagados por el cónsul de Italia, que se apresura a telegrafiar la noticia a Roma, dando así al gobierno italiano el pretexto para el desembarco de un cuerpo expedicionario. Esta operación militar sigue siendo modesta, pero permite, sin necesidad de encubrir el mantenimiento del orden, conseguir garantías territoriales a la salida del Adriático, en una zona entregada a los apetitos de las potencias balcánicas y europeas (p. 1).

El acercamiento de estos dos acontecimientos, con 50 años de distancia, podría hacernos pensar en el continuismo de una política intervencionista italiana en el contorno marítimo del Sudeste europeo. Pensando aun en clave de larga duración, se podría tener la ilusión de la existencia de un imperialismo italiano en los Balcanes, que habría comenzado en la época de la unificación italiana y habría tomado cuerpo bajo el fascismo. Nada hay de eso. La política balcánica del fascismo ha sido objeto de numerosos trabajos, que han contribuido a poner fin al mito de los «italiani brava gente», cuya bondad natural habría sido la causa de una ocupación menos brutal que la de los alemanes. Tampoco se podría deducir de esto la existencia de una historia teleológica de las ambiciones italianas



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

en los Balcanes. Desde la época del *Risorgimento*, la vecindad oriental de Italia es objeto de una reflexión geopolítica, de la que una parte se encuentra movilizada en 1911-1912 (guerra italo- otomana), en 1914-5 («Intervención» en la Gran Guerra) y en 1939-1943 («guerra paralela» a la del Reich). Esta respuesta de discursos y, en menor medida, prácticas, no es suficiente, con todo, para probar la existencia de una política coherente y tensa, de la unificación al fascismo, hacia la conquista territorial del sureste.

El objeto de estudio de este libro es, precisamente, analizar los flujos y reflujos de las ambiciones de Italia en el nordeste del Mediterráneo. Los escritos italianos sobre esta región recurren a la taxonomía, que es la propia de la cultura europea del momento: en primer lugar, denominaciones inspiradas por la presencia otomana («Oriente», «Turquía europea»), después la que es popularizada por los expertos: «Balcani». Por mi parte, yo utilizaría el término de «Balkans»¹ para caracterizar este espacio, porque pienso que se parece eficazmente, a los ojos de un lector francófono de comienzos del siglo XXI, al rosario de territorios donde se manifiestan, de forma continua, recurrente o puntual, las ambiciones que se han formulado en Italia. Se trata, sobre todo, de Albania, de la parte adriática de las «tierras irredentas» igualmente, pero también del mundo egeo, en particular Creta y el Dodecaneso, o incluso Grecia, Macedonia y, en menor medida, los países danubianos y el interior de la península. Como se ve, el topónimo «Balcanes» es imperfecto a la hora de designar un espacio, ciertamente centrado en el Sudeste europeo —siendo esta última expresión cada vez más utilizada en el lenguaje académico contemporáneo—, pero muy mediterráneo. Sin embargo, muchos factores contribuyen a llevar las miradas de Roma al corazón de los Balcanes: la presencia de numerosos trabajadores italianos, las ambiciones de las potencias rivales, o incluso la acción de movimientos patrióticos pensados, en las dos orillas del Adriático, como parientes del que ha visto, en el tercer cuarto del siglo XIX, la unificación de Italia.

La introducción recorre ahora interesantes observaciones metodológicas e historiográficas, para concluir con una síntesis de lo que va a ser el libro, que vamos a seguir. Este estudio comienza con la unidad italiana: la reunión en la Cerdeña de los diferentes Estados pre-unitarios hace nacer una nueva potencia en el Mediterráneo. La Italia liberal, desde la unificación a la Primera Guerra Mundial, puede ser así considerada como un caso ideal para el estudio de la formación, *ex nihilo* o casi, de una política exterior que ha girado hacia el cercano extranjero balcánico. El papel de Cavour y de sus dos sucesores inmediatos a la hora de elegir los Balcanes como uno de los objetivos de su política exterior es el objeto del primer capítulo. Bastante rápidamente, de todos modos, Italia descubre la realidad de su debilidad estratégica, que se convierte en escandalosa en el momento de la gran crisis de Oriente. La prueba comienza en 1875 y concluye verdaderamente en 1881, con la afrenta tunecina que termina por empujar a Roma hacia la alianza austro-alemana. Este aprendizaje doloroso conduce a Italia a inventarse muy pronto como potencia moral, garante de las relaciones internacionales regidas por el derecho e inspiradas por un humanismo liberal: todo en el límite de los intereses fundamentales de la nación (cap. 2). Precisamente, no hay consenso sobre la definición de esos intereses, y

¹ No cabe duda de que la traducción española de esta expresión francesa es «Balcanes».

RECENSIONES

esto es una debilidad suplementaria. Los movimientos nacionales balcánicos son objeto de intensos debates en el espacio público italiano: su defensa parece pertenecer al código genético de la nación y ser el objeto de un consenso superficial. El cálculo diplomático, pero también el examen de la realidad del hecho nacional sobre el terreno, empujan de todos modos a los gobiernos italianos a la prudencia en la defensa de causas susceptibles de provocar crisis, esto es, guerras que el país no puede permitirse. No se trata aquí de una oposición entre opinión pública y diplomacia. En efecto, las cuestiones nacionales balcánicas son un arma de política interior utilizada por todas las formaciones parlamentarias y extraparlamentarias (cap. 3). Las políticas balcánicas de Pasquale Stanislao Mancini y de Francesco Crispi, estudiadas en el cuarto capítulo, ilustran perfectamente estas prácticas, con Crispi marcando, no obstante, la política balcánica de la Italia liberal por su voluntarismo —o su imprudencia, según sus adversarios—.

Los discursos políticos sobre los Balcanes constituyen un arma en el debate político interior, por supuesto. Pero, ¿cómo se informa sobre ello? Mal, la mayor parte de las veces. En Italia muchos canales de producción de saberes sobre los Balcanes se elaboran en diversos medios eruditos y *savantes*. El quinto capítulo caracteriza dichos canales y su alcance político. Este es considerable, dado que Italia, «la menor de las grandes potencias», según la fórmula de Richard Bosworth, apuesta por el *soft power* para mantener su rango, después de la crisis profunda en que la hunde la derrota de Adua en 1896. El sexto capítulo analiza la participación italiana en las expediciones militares-humanitarias de Creta y de Macedonia, con el cambio del siglo. Este momento en el que Italia traduce en la práctica sus aspiraciones a potencia benévola es también, paradójicamente, el momento en el que se afirma un espíritu nuevo (cap. 7). El imperialismo que nace en los primeros años del siglo XX, en el momento del despegue industrial, está sobre todo pensado como una «penetración pacífica» que, de acuerdo con sus partidarios, encaja mucho mejor en los Balcanes que en África. El contagio nacionalista debilita de todos modos lentamente el moderantismo que ha constituido durante decenios el centro de gravedad política del país. El encadenamiento del conflicto italo-otomano y de las guerras balcánicas trae consigo un nuevo pacto, pasando Italia a convertirse en potencia ocupante, en Albania y en el Dodecaneso. El capítulo 8 sitúa esta nueva política en un marco imperial, iluminando el bien conocido periodo de la «neutralidad italiana» (epílogo), cuya ruptura, en mayo de 1915, procede en gran medida de un sueño imperial que parece bruscamente al alcance de la mano por parte de la minoría intervencionista.

Los Balcanes, afirma el autor en sus conclusiones, son la cara oculta del imperio italiano. África es, evidentemente, la cara aparente. Pero en la sombra, detrás de la colonización africana intenta desplegarse un imperialismo de bolsillo, que utiliza los hombres, las ideas, las estructuras y métodos y a veces incluso los presupuestos. La cara oculta del imperio es también el expansionismo enmascarado detrás del discurso de la liberación de los pueblos. No es que no exista después de 1861 el designio cínico de eludir a las nacionalidades balcánicas para subyugarlas más y mejor. Al contrario: el programa mazziniano de la ayuda al despertar de los pueblos balcánicos y a su confederación es prácticamente el de todos los italianos interesados por la cuestión, sea cual sea su posicionamiento político.



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

¿Cómo explicar, entonces, la lenta deriva de una cruzada por la liberación de los pueblos al «egoísmo sagrado» reivindicado por Antonio Salandra? La aplastante mayoría de los italianos rechaza la guerra y las aventuras. No queda sino el espacio público burgués, que interactúa con el poder y da a luz al movimiento intervencionista que se convierte netamente en un expansionismo que se interesa por los Balcanes. Desde luego, este expansionismo no es propiamente colonial. Valona no es bombardeada, ni se cuelga a los rebeldes griegos del Dodecaneso: lo que es admitido en África habría sido intolerable, en la época, en ese lugar cercano a Europa que son los Balcanes. De todos modos, el uso de la fuerza habría suscitado tales reacciones entre las poblaciones locales y las demás grandes potencias que las débiles tropas de las que puede disponer Italia en estos teatros periféricos habrían sido barridas.

La benevolencia hacia las poblaciones balcánicas, que no excluye un constante desprecio, tiene tanto de la convicción como del cálculo político y estratégico. Italia es, para retomar una fórmula aplicada a Rusia, una «potencia pobre». Aquellos que presiden su política extranjera son perfectamente conscientes de ello y llegan a hacer mucho con muy pocos medios. Del mismo modo que la Santa Sede se arregla con la desaparición del poder temporal y se inventa como potencia diplomática global y humanitaria, la «Tercera Roma» asume su carencia de capitales y de soldados y se erige en potencia moral. La potencia moral es aquella que renuncia a las conquistas, que vela por el respeto de los tratados y entiende no tener otra influencia que la comercial y cultural. Sus iniciativas son puramente defensivas, no buscan más que defender la italianidad de sus súbditos y la seguridad de sus fronteras. No es solo una postura, ni solo el arma del débil: la política balcánica de Italia es en gran medida defensiva. Lo que se ventila es el *containment* de Grecia en el Épiro, Austria-Hungría en el Adriático y Francia en el Mediterráneo oriental. El primado moral inviste a Italia de una misión humanitaria en Creta y en Macedonia, justifica la «penetración pacífica» en Albania y después la idea de que Italia debe dominar en el Adriático para poder guiar a las naciones balcánicas emancipadas de los yugos turco y austriaco.

Sobre el lugar, la política balcánica de Italia se despliega esencialmente por la acción de los agentes en el terreno que son los cónsules y, en menor medida, los militares y los agentes de otros ministerios. Estos agentes operan a través de constantes negociaciones con los actores locales, así como con sus propias autoridades de tutela y diferentes grupos de presión de la misma Italia. Es que su acción está a la vez completada y sujeta a la competencia de otros, que se instituyen a sí mismos en promotores de la influencia italiana. La política balcánica de Italia nace, por tanto, de la interacción entre el conjunto de los pequeños movimientos de dichos personajes oficiales y oficiosos y las consignas venidas desde lo alto.

El vaivén discursivo entre Italia y los Balcanes es, en efecto, constante. Un corpus de saberes sobre los hombres y las cosas balcánicas se constituye lentamente en Italia, a través de diversos canales, que son, además, fuente de legitimidad. En primer lugar, el canal de la erudición local y los saberes académicos, que se alejan la mayor parte del tiempo de su razón de ser primera, incluso si existen algunas estructuras especializadas en el estudio de los Balcanes. Después, el canal del militantismo, en Italia incluso a través del rechazo de la pusilanimidad gubernamental en relación con los irredentismos italiano,



RECENSIONES

griego, y en los Balcanes bajo la forma de voluntariado garibaldiano. El autor ha buscado insertar dichas manifestaciones bien conocidas de la solidaridad nacional italo-balcánica en un repertorio de acciones más vasto, constatando la aparición, desde 1897, de movilizaciones interclasis y transpartisanas que preparan las de 1908 y 1915. Existe, en fin, un tercer canal, el de los conocimientos especializados sobre el terreno, de los cónsules principalmente, incluso si los militares, los periodistas y otros viajeros hacen una publicidad mayor.

Por sedimentación, se constituye un *corpus* de recursos argumentativos. La mayor parte del tiempo se moviliza por medio de los balcanistas, que buscan, como los africanistas, obtener una retribución de la expansión italiana. En muchas más raras ocasiones, el debate nacional se hace eco de ello para responder a las opciones políticas del equipo gubernamental en funciones. Es el caso de 1878, cuando la «política de las manos limpias», que es la de Italia en el congreso de Berlín, provoca una explosión irredentista. Es también el caso del debate suscitado por la política escolar de Crispi en el Oriente en general, o por la debilidad de los moderados de cara a las masacres otomanas o a la crisis de Bosnia-Herzegovina. Y es por supuesto lo que ocurre en 1915, contra la opción de la neutralidad, incluso si la expansión en los Balcanes moviliza mucho menos a las masas que la reivindicación de Trento o Trieste.

Porque es necesario dar a la política balcánica su verdadera dimensión: ningún gobierno cae por ella. Es debido a la cuestión de los ferrocarriles por lo que la derecha histórica deja el poder en 1876, antes de recuperarlo en 1896 porque la política africana de Crispi ha llevado a la derrota de Adua. Todavía en 1914, Giovanni Giolitti debe dimitir porque los radicales desaprueban su política en Libia. Fuera de algunos grandes momentos político-mediáticos, son raros los italianos que tienen una idea precisa de los asuntos balcánicos. Desde luego, este estudio es una historia sin las masas, que solo en los confines, del lado de los obreros, son tocados por las consignas irredentistas, filohelenas o intervencionistas. A diferencia de África, los cuerpos expedicionarios desplegados en la periferia marítima balcánica son muy reducidos.

El balcanismo es, por tanto, un asunto esencialmente burgués, que concierne a los cónsules y a otros funcionarios de la Instrucción pública o del comercio, a eruditos y profesores, a algunos oficiales y muchos periodistas. Los obreros y artesanos italianos son, sin embargo, numerosos en los Balcanes, pero su presencia es volátil y no tiene impacto político, no más que el vaivén de los pescadores y marinos de Apulia, las Marcas y Venecia.

Las ambiciones balcánicas tienen un carácter secundario. Sin embargo, en 1915 las reivindicaciones coloniales son relegadas al fin del Pacto de Londres², en su artículo 13. El reto central, el que, desde el otoño, moviliza al ministerio de exteriores italiano y a los estados mayores es el Adriático, con Dalmacia y Albania. Con la entrada en guerra, el teatro balcánico pasa a un segundo lugar, pues todas las energías se movilizan en los Alpes. Queda que entre 1912 (toma del Dodecaneso) y 1916 (ampliación de la zona de

² Pacto secreto por el que Italia abandona su alianza con Alemania y Austria y se une a la Entente: ver Cattaruzza, Marina, *Italy and Its Eastern Border, 1866-2016*, New York-London, Routledge, 2017.



RECENSIONES

ocupación en Albania y meridional), Italia procede a ocupaciones cuyas modalidades se diseñan en parte por la adaptación a las circunstancias, pero también gracias a una doble herencia. En primer lugar, la colonial, todo ello probado en África. Después, la propiamente balcanista: la implantación precoz de los consulados, las operaciones militares-humanitarias, la creación de instituciones *savantes* especializadas o la acción cultural de los italo-albaneses. Pero el principal *savoir-faire* que los poderes públicos italianos reciben de cincuenta años de relaciones italo-balcánicas es quizás el policial, y esto principalmente en el territorio italiano. Si el anticolonialismo es, como todas las demás formas de contestación política y social, vigorosamente reprimido, la circulación de personas entre Italia y los Balcanes son el objeto de una vigilancia en proporción con su carga política. Desde el día siguiente de la unificación, los cónsules de Italia al otro lado del Adriático siguen los hechos y las gestas de los partidarios de los Borbones, de los voluntarios internacionales y otros irredentistas. En Italia, los políticos persiguen a esos mismos voluntarios y vigilan las reuniones de los comités movilizados para tal o cual causa nacional. Del mismo modo, los agentes siguen los pasos de los viajeros griegos, albaneses, turcos o austro-húngaros que pasan por los puertos del Adriático para llegar a Roma, Nápoles, Venecia o Milán.

Si algún diseño preestablecido no guía las relaciones italo-balcánicas en tiempos de la Italia liberal, medio siglo de intercambios produce representaciones, lazos culturales y económicos, estructuras administrativas prestas a servir de acuerdo con las circunstancias. Después de 1945, cuando la «guerra paralela» llevada por Mussolini a los Balcanes se haya saldado con una derrota total, solo los combates del *Risorgimento* se exhuman para intentar restablecer las buenas relaciones con los países de la zona. La Guerra fría, sin embargo, hace que se corten los lazos entre Italia y la orilla izquierda del Adriático, y cuando en 1991 los refugiados del *Vlora* se agolpan en Bari, ya se había olvidado del todo que las costas de Apulia habían sido el lugar de intensas circulaciones trans-adriáticas.

Fabrice Jesné es maître de conférences en historia contemporánea en la Université de Nantes y director de estudios en la EFR. Es editor, con Marcella Aglietti y Mathieu Grenet, de *Consoli e consolati italiani dagli stati preunitari al fascismo (1802-1945)* (2020), y autor de dieciséis publicaciones en obras colectivas entre 2008 y 2020 sobre la historia de las relaciones internacionales italianas en el siglo XX.

Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra